

¿SUJETO MORAL.. O ..SUJETO ERÓTICO?¹

Gustavo Barona Tovar*

RESUMEN

El documento aporta una interesante reflexión sobre los conceptos de ética y moral con el propósito de evidenciar el nivel de confusión en su aplicación en la vida cotidiana. Para esto realiza una amplia y amena revisión histórica, etimológica y filosófica que le permiten confirmar que dicha ambigüedad no sólo se presenta en la cotidianidad sino también desde las esferas del conocimiento. Aporta algunos elementos para la discusión desde el psicoanálisis y propone tener en cuenta la particular forma en que el sujeto se relaciona con su contexto cultural, para entender que la construcción de los conceptos mencionados no sólo tiene que ver con la razón sino, precisamente, con las vivencias pasionales de los individuos que se expresan en una permanente resistencia a todo orden lógico impuesto.

Palabras clave: Ética - Moral

ABSTRACT

The document contributes an interesting reflection on the ethics concepts and moral, with the purpose of evidencing the level of confusion in its application in the daily life. For this carries out a wide and interesting historical revision, etymological and philosophical that allow him to confirm that this ambiguity is not only presented in the day-to-dayness but also from the spheres of the knowledge. It contributes some elements for the discussion from the psychoanalysis and proposes to keep in mind the particular forms in that the subject is related with his cultural context, for understand that the construction of the concepts mentioned doesn't only has to see with the reason but precisely with the passion experiences of the individuals that are expressed in a permanent resistance to all order logical imposed.

Key words: Ethics - moral

* Psicólogo clínico. Profesor Universidad San Buenaventura. Magíster en Filosofía.

¹ El artículo que se presenta es una reflexión realizada a partir de una investigación titulada "Ética, Moral y Psicoanálisis" realizada por el autor durante el año 2003 para optar el título de Maestría en Filosofía.

Escuchar casi que con desesperante insistencia el uso de las palabras ética y moral, corroborar la presencia de éste par de conceptos en los más disímiles escenarios, observar con sorpresa la supuesta importancia de estos términos en la regulación de algunos comportamientos individuales y colectivos, constatar interesantes niveles de confusión en la descripción y explicación de este histórico dúo reflexivo, y después de todo, sospechar que en torno a estos altisonantes sustantivos, y con frecuencia adjetivos, y sus confusos usos, se oculta algo posible de dilucidar, ha llevado a hacerme la pregunta por el sentido de estos elementos del discurso y de la práctica cotidiana de los sujetos y de los pueblos.

Y cuando digo sentido, me refiero al sentido etimológico, es decir a su significado y su lugar en el orden simbólico de las lenguas, pero también al sentido histórico, y a su incidencia o modificación por los acontecimientos de las épocas, por supuesto, también al sentido que tienen en la constitución de los elementos de lo que podemos llamar la subjetividad, y por último, al sentido que contienen estos conceptos cuando son materia de reflexión de algunas disciplinas, como la filosofía y el psicoanálisis, por ejemplo.

Después de escuchar al llamado hombre de la calle, y percibir en su discurso y en su comportamiento una mezcla extraña de los dos conceptos, donde ética y moral remiten supuestamente a una clara diferenciación de lo público y lo privado, y observando como escapan de sus palabras y de sus acciones sentidos distintos de lo que supuestamente entiende, me plantié el objetivo de buscar claridad conceptual en la etimología, para descubrir que también allí existe una curiosa mezcla de descripciones, donde la supuesta franja que delimita los significados es poco menos que imperceptible. Y claro, el origen de las palabras que se remonta a su propia historia, contiene esa mezcla abigarrada del cruce de las culturas, donde el significado de lo ético para los Griegos, tendrá un interesante desfase interpretativo para el mundo de los Romanos, donde el sentido latino de lo moral, de la voz *mos*, será el equivalente para la palabra *Ethos*, que describía de manera distinta una buena porción de la realidad sociopolítica Griega.

La confusión del hombre de la calle, parece entonces una confusión que tiene sus raíces en la historia misma de las palabras. Pareciera que a través de los siglos, y sobre el lenguaje llamado ordinario, hubiese cabalgado una herencia que encierra desde entonces un cruce forzado de palabras, una rica aleación de explicaciones del mundo, que también en buena medida, da cuenta de las raíces de la llamada cultura Occidental. El *Ethos* Griego, la palabra que en sus distintas presentaciones, encierra el sentido del hábitat, del hábito, del carácter, de la morada, de las costumbres, incluso para algunos de lo político, se mezcla, quizá para adquirir otro sentido, con el *mos* latino, que contiene el sentido de las costumbres, los caprichos, el deseo, mezcla que dará como fruto, la descripción más o menos aceptada del arte de vivir bien, o la forma del bien vivir de pueblos e individuos.

Ética y moral, más allá de sus determinantes etimológicos, son la pareja conceptual de una especie de consigna existencial, que tiene la pretensión de orientar las acciones de los hombres y de los pueblos, en la búsqueda de una vida buena, de una vida mejor, de una vida digna, con la promesa de encontrar en el cumplimiento de sus preceptos, el más preciado bien para los seres

humanos, tal como es el de la felicidad. Ética y moral, desde la perspectiva de la búsqueda de la felicidad, como pareja de conceptos, entrarán así a formar parte de la reflexión filosófica, donde una supuesta clara diferenciación, permite plantear que la Ética, el Ethos griego, es una reflexión sobre las costumbres morales, el mos latino, de los pueblos, o de los individuos, en la búsqueda del bien prometido, o más precisamente, es un intento de delimitación de la fundamentación de las costumbres en esa peregrina búsqueda .

Así pues, la filosofía y todo su trabajo reflexivo, debería dar cuenta en primera instancia de una amplia y profunda diferenciación de los conceptos, donde evidentemente pudiera encontrarse lo que significa una reflexión sobre la fundamentación de las costumbres de los hombres en su búsqueda de la felicidad, pero lo que se descubre es que la confusión que arrastra el lenguaje de la calle, y la tradición etimológica, aparece con la misma contundencia en los esbozos teóricos de la filosofía, y aunque se realizan esfuerzos por definir los sentidos, los mismos filósofos aceptan que usan ética y moral indistintamente, y con frecuencia las reflexiones supuestamente éticas, terminan siendo escalas valorativas de comportamiento, y como tales, en este sentido, claramente morales.

Es común encontrar no sólo el uso indiscriminado de los conceptos en la reflexión filosófica, sino también un significativo esfuerzo por delimitar las diferencias de lo ético y lo moral con lo político, lo legal y lo religioso, sin que puedan observarse en ese esfuerzo tampoco grandes diferencias, emergiendo de nuevo la confusión que nos ocupa. Para algunos autores, las propuestas sobre la fundamentación de los contenidos políticos o legales que estructuran los vínculos de la sociedad moderna, pueden ser una clara manifestación de la reflexión ética, y una especie de propuesta moral, donde el filósofo moderno tendría la posibilidad de tejer, en este campo, los hilos de la teoría y la práctica.

Así pues, saber si tenemos certeza conceptual cuando decimos, o escuchamos, o creemos actuar de acuerdo con la ética o la moral, o con la ética y la moral, o si es o ética o moral estrictamente, resulta ser una pregunta que arroja muy pocos resultados no sólo en el escudriñamiento del lenguaje ordinario, sino también, en la pesquisa del lenguaje especializado. A todo esta confusión de conectores lógicos, podríamos agregarle, uno más, y con algunos pensadores, plantear que después de todo, es éste, nuestro tiempo, un momento donde puede decirse que no es ni ética ni moral, que ya no es más el tiempo de las reflexiones, o de los decálogos, si no el tiempo de la emergencia de las individualidades y todos los riesgos que esto conlleva, donde lo legal, con todas sus carencias, emerge que como un regulador que valida las múltiples, particulares, y variadas maneras del arte de vivir, quizá simplemente eso, el arte de vivir, y no el arte de vivir bien.

La búsqueda de claridad, que como vemos, no surge ni de la etimología, ni de la filosofía, y por el contrario, tal como ocurre con el lenguaje ordinario, es donde más se pierden los linderos de diferenciación, debió tener momentos históricos de mayor precisión, de menos confusión y complejidad, donde el sentido de las palabras moral y ética, remitían no sólo a claros significados, sino a formas precisas de comportamiento, y donde las ideologías religiosas, sociales y políticas,

definían los rasgos valorativos que determinaban lo circunscrito como sendero para obtener la felicidad, y por lo tanto el contenido de lo que esta palabra expresa. ¿Pero, al derrumbarse esas grandes construcciones colectivas, que imaginariamente aseguraban la relación entre conceptos, sentidos, explicaciones de la realidad y formas de conducta, no se derrumbó también la sensación de sentir la uniformidad del mundo? ¿Y el mundo no estandarizado por las visiones colectivas, no produjo un sujeto solitario, dueño de sus propias, individuales e íntimas construcciones? ¿Y, a ese sujeto, al que algunos han llamado postmoderno, y otros post-moral, por el cruce azaroso de los sentidos, no podríamos llamarlo también un sujeto post-ético?

Si, quizá podríamos aventurarnos a proponer la inquietante conjetura de la existencia de un sujeto y de su correlativo ordenamiento social, o al contrario, podríamos decir también, hacer la conjetura sobre un tipo de ordenamiento social y las coordenadas que esta procura para la constitución subjetiva, donde los horizontes delineantes de la ética y de la moral han perdido la capacidad de conferir sentido colectivo e individual a valores masivamente compartidos, y donde cada quien, según el desarrollo de su propia e irrepetible historia, cada vez más lejos de idealizaciones ultraterrenas, dibuja de manera solitaria los contornos de sus placeres y sus sinsabores, encontrando que los límites para su accionar no están trazados por ordenamientos abstractos, sino por las posibilidades concretas de los derechos y las prohibiciones.

No quiere lo anterior decir que el hombre moderno, ese habitante de la individualidad, de la singularidad, y de la más peculiar soledad, haya renunciado a la búsqueda de la quimérica y esquivada felicidad, más bien parece que es todo lo contrario, ni que por supuesto haya renunciado como lo atestiguan su cacareo verbal cotidiano, a la supuesta presencia en su trasegar existencial de las palabras ética y moral, pues también parece lo contrario, tal como lo hemos dicho, pero con la innegable diferencia que la confusión en el uso y los sentidos de las palabras, remite a una ausencia de relación entre lo que se cree significar y la conducta que se pretende señalar. En este nuestro contexto, ética y moral parecieran ser adornos de frases de cajón, huecas, sin sentido preciso y sin amarre con la realidad. No describen nada, y con frecuencia se tiene la sensación que por eso precisamente no sirven para nada. Ahí está el acervo de códigos de ética de las profesiones, de los banqueros, de los clubes, de los equipos de fútbol, de los ejércitos, de las iglesias, de los colegios, de las asociaciones, de los partidos políticos, de nuestro senado de la república, entre muchos más, ahí están como testigos para acrecentar esa sensación de separación entre las palabras y las conductas que pretenden reglar. Ahora bien, si los códigos de ética no son reflexiones sobre la fundamentación de las costumbres, uno se pregunta ¿por qué no llamarlos códigos morales? Fíjense, las palabras van y vienen sin control.

También podría pensarse que el indiscriminado y frecuente uso de estas palabras, tiene el sentido de la nostalgia, de una especie de duelo por aquello que se sabe perdido, pero que aún no se acepta, palabras que probablemente tienen el poder que el pensamiento mágico le atribuye a los talismanes, como si pretenderíamos conjurar el peligroso hechizo que implica el sabernos descarnadamente solos en la construcción de nuestras escalas de valor, tantas como tantos pueden ser los estilos de vida contemporáneos, válidos todos, siempre y cuando no franqueen

la barrera protectora de lo legal. Quizá, nunca como ahora, hubo tantas posibilidades del arte de vivir, así simple, de vivir, no del arte de vivir bien. ¿Existirá un sólido bloque de costumbres morales que podamos fundamentar o proponer, o reglamentar, sin que al hacerlo excluyamos otro sólido bloque igualmente importante para un amplio número de personas? ¿A qué podemos llamar entonces valor, o conducta socialmente valorada, y que ésta a su vez implique una aceptación universal? ¿Son conductas valoradas universalmente, y como tales morales, la libertad, la autonomía, la sexualidad, la lealtad, la verdad, la templanza, la valentía, la frugalidad, la humildad, la autenticidad, entre otros? ¿Y si algunas de ellas lo son, no pertenecen más al orden de los derechos, que a otro tipo de organización simbólica?

Porque ese confundido hombre de la calle, ese amo absoluto del lenguaje ordinario, en el que después de todo me reconozco, ese héroe anónimo que añora la seguridad de los grandes sistemas explicativos para paliar en parte la desazón que le produce la urgencia diaria de elegir por sí y desde sí mismo, es el mismo que le arranca a la realidad pedazos de satisfacción cuando reclama sus derechos a la libertad, a la sexualidad de todo tipo, a la autonomía individual y colectiva, a la pereza, a la comodidad, al conocimiento, a la igualdad, a la comunicación, bordeando constantemente en su silencio personal, o en la algarabía colectiva, o en la magia de las convocatorias virtuales, los senderos de la legalidad y la política, alejado cada vez más de las mega-construcciones abstractas de los decálogos, o de los grandes sueños ideológicos, que durante siglos prometieron lo imposible. Claro, promesas y de todo tipo abundan, pero tiene cada vez más el signo de lo grupal, de lo etéreo, del género, de los gustos, de lo personal inclusive, y no son ya promesas que seducen colectivos enteros.

La insuficiencia explicativa de la etimología y de la filosofía especializada, remite inmediatamente al tercer elemento en la búsqueda. La historia, quizá no como registro explicativo, que no lo es, sino como relato interpretado, que siempre lo es, de los lugares que en distintos momentos del devenir han ocupado los conceptos, arroja también datos interesantes, sobre el sentido de las valoraciones específicas de palabras y conductas en la búsqueda del colectivo e individual vivir bien. Y así, en las raíces de nuestra cultura Occidental, encontramos esas primeras valoraciones del mundo Homérico, relatos de héroes y dioses que trataban de aglutinar el comportamiento de poderosos grupos tribales donde la guerra, el enfrentamiento, la competencia, en una palabra, lo agonal, demandaba una particular elaboración de ideales valorados, tales como la valentía, la habilidad y el éxito, ideales que eran no sólo conceptos, sino comportamientos socialmente reconocidos, y cuya presencia en las acciones y en las construcciones simbólicas, permitía no sólo la supervivencia del grupo, sino el reconocimiento del lugar que cada persona ocupaba en la memoria de sus semejantes.

En este contexto, ser cobarde y poco astuto, tenía no sólo consecuencias sobre el resultado final del enfrentamiento, sino que abría la posibilidad que el grupo juzgara el comportamiento exhibido como una acción digna de reproche, exclusión y castigo, donde lo más ansiado por ese habitante de un mundo competitivo y exitoso, le era retirado. Así pues, el cobarde, esa especie de antivivor, era rechazado como alguien digno de pertenecer a los relatos de su pueblo, el peor

castigo aquí, es el de ser excluido de la memoria de sus congéneres, castigo severo si se tiene en cuenta que la noción de individuo aún no existe, y el registro de lo que conocemos como identidad estaba determinado por la pertenencia al grupo familiar, y por lo tanto ser excluido de éste, no ser incluido en los relatos de las hazañas heroicas, era ser despojado de su propia historia.

El sentimiento que acompaña a este mecanismo de exclusión, es para algunos autores el sentimiento de la vergüenza, vergüenza de no haberse comportado de acuerdo con los ideales trazados, valorados y juzgados por el grupo, vergüenza de no haber sido bueno, no con el sentido que supuestamente hoy desde la ética y la moral le damos a éste término, sino bueno en el sentido de no haber podido ser el mejor, el más hábil, de no haber sido útil, y así, validar a los otros, para que en su juicio emitan el veredicto que enrostra al individuo la calidad de su falta. Algunos autores han establecido una interesante diferencia entre culturas de la vergüenza y culturas de la culpabilidad, colocando como premisa de división, entre unas y otras, la ausencia en las de vergüenza de esa delimitación entre el sujeto y el grupo. Yo, me pregunto en este sentido, ¿no serán la culpa y la vergüenza, las dos caras de una misma moneda? ¿No se sentirá el sujeto avergonzado, cuando deja de estar frente a los demás, profundamente culpable cuando se enfrenta a sí mismo? ¿El éxito no es también un sentimiento que se saborea en la intimidad de algo que podemos llamar el sí mismo?

Ahora bien, el sujeto que fracasa, tanto como el que triunfa, no han hecho otra cosa por un lado, que cumplir con las necesarias costumbres normativas, y por otro lado, el de haberse acercado o alejado de los modelos idealizados que representan el contenido de todo aquello que se considera bueno, o útil, o mejor, y que no son otros que los dioses y los héroes que habitan los relatos normativos que tratan de regular la cotidianidad de los hombres. Sin que haya por supuesto en este mundo de héroes y batallas, algo que pueda llamarse exactamente ética o moral, sí podemos en cambio señalar los rudimentos conceptuales con que se nutrirá la reflexión, e indicar como desde allí, viene una confusión de sentidos, como por ejemplo, en el uso de lo que después será conocido como la palabra “bueno”.

Tenemos entonces costumbres normativas, que regulan al individuo y protegen al grupo, tenemos sistemas valorativos de premios y castigos, tenemos modelos que permiten la comparación de la acción juzgada, y tenemos incómodos y terribles sentimientos de vergüenza y culpa, dentro de un cuadro contextual que perfila el paisaje de una época, por lo tanto de unas necesidades políticas, económicas y sociales, y en buena medida podemos decir entonces, que tenemos los elementos de la moral y la ética.

Pero, el inevitable girar del molino de la historia, seguirá su curso constructivo y al mismo tiempo devastador, y por lo tanto esa forma de ordenación social del mundo homérico, será modificada por guerras, penurias, explosión demográfica, la aparición de las pequeñas ciudades-Estado, y la presencia de un entramado social donde el modelo campesino de cotidianidad que se impone, estará muy alejado del mundo opulento de la aristocracia militar que se nutría y se reflejaba en los cantos de las gestas heroicas. Es esta una época de desesperanza y pesimismo donde los poetas harán de la tragedia el vehículo transmisor de los valores y las idealizaciones.

La llamada época arcaica, esa que ha sido descrita como un mundo de transición entre la epopeya dorada de la *Iliada* y la dolorosa narración del mundo de Edipo Rey, es un momento de la historia de Occidente donde los esquemas valorativos y los modelos creados responden a un tipo de sentimiento ligado al temor a los dioses, a la indefensión de los hombres, y donde la humildad y la aceptación del destino, son comportamientos más apreciados que la soberbia típica del héroe que busca el éxito y la admiración. Es éste un momento en el cual los hombres prefieren aceptar el sufrimiento que vanagloriarse de las riquezas, sintiendo incluso que la posesión de demasiados bienes, es casi una causa justa para ser castigado por la furia divina. Es curioso que en las épocas de escasez, los hombres y los pueblos valoren con mayor claridad los actos de renuncia y autocompasión.

Pero, como la noria histórica sigue su curso, la emergencia de una época de opulencia no tardará en aparecer, y la Atenas del siglo V, esa floreciente fase de las ciudades-Estado plenamente constituidos, donde el arte, el pensamiento, la técnica, la política y la economía, forman un especial entramado de aristócratas, soldados y artesanos, con un trasfondo de mujeres, esclavos y niños, que permitirá el florecimiento de una nueva escala valorativa de los comportamientos y de la búsqueda del bien vivir. Aparecen entonces en este escenario, los Sofistas, esa especie de sabios viajeros, con frecuencia embajadores de otras ciudades-estados, que son portadores de un saber que permite el acceso al reconocimiento, al éxito, a la fama, saber que venden como mercancía a una sociedad ávida de herramientas, y que posee los medios para adquirirlas, con frecuencia saber bastante costoso, pero que permite sobresalir de manera personal en los escenarios de la Polis.

Los Sofistas, considerados por algunos como verdaderos intelectuales de la época, y como adalides en los cambios fundamentales en la concepción que del mundo tiene el hombre de entonces, basan su accionar en el conocimiento profundo del lenguaje y en la manifestación práctica y útil de la retórica. Estos sabios, que no se consideran filósofos, venden al aristócrata la posibilidad de ser feliz, si accede al conocimiento de la habilidad para convencer desde la tribuna de la polis a sus oyentes mediante las argucias de la palabra. De esta manera, los valores de una sociedad opulenta, constituida por los vínculos de los amos y los esclavos, que estructura su cotidianidad a través del acto de pensar, de discutir, de enfrentarse a través del logos y no del contacto corporal, como en la guerra, tiene en alta consideración valorativa conductas como la virtud, la excelencia, el éxito, la fama, la felicidad, y teniendo con que pagar, se da el lujo de comprar los instrumentos que la acercan a los modelos establecidos.

Pero, los sofistas no sólo ofrecen y venden el superficial y útil conocimiento de la retórica, en una sociedad competitiva y agonal, donde la astucia, la habilidad y la valentía, han perdido su carácter de idealizaciones colectivas, y por el contrario donde la inteligencia, el dominio de la palabra, y la persuasión ocupan el lugar del camino al éxito como ciudadano, no sólo eso ofrecen, sino que también en su contacto discursivo, dejan deslizar la inquietante formulación sobre la mutabilidad de las costumbres, de las convenciones sociales establecidas, en tanto según ellos, resultan ser el acuerdo de un grupo de hombres, y que por lo tanto, de ninguna manera tiene la

característica de universalidad, donde por ejemplo lo concebido como el bien, resulta ser completamente relativo, dando sólo importancia al hecho de poder llegar a convencer a los otros conociendo y respetando las normas establecidas en cada lugar.

Esta forma de relativismo moral, permite sospechar que el ordenamiento moral puede ser una actitud completamente individual, de un individuo que conoce y respeta la normatividad del entorno que en su momento lo acoge, y su propósito fundamental no será otro que el de impresionar a sus iguales, en la asamblea, el ágora o los tribunales. Pero este relativismo, esta manera de cuestionar lo establecido, de interrogar esa sensación de seguridad que producen los esquemas conceptuales permanentes, será visto como una amenaza al ordenamiento social, y las acusaciones de impiedad o de alteración del orden no se harán esperar, recayendo sobre algunos sofistas, otrora modelos idealizados, toda la fuerza de ese extraño mecanismo que hace que los hombres lleguen a aborrecer lo que tanto amaron, y a denigrar de lo que consideraban razón básica de su existencia. La historia repetirá una y otra vez, ese oscuro juego de construcción y destrucción de ideales, donde quienes encarnan las más excelsas virtudes, terminan siendo objeto de las más encarnizadas ofensas.

Podríamos decir que la sociedad de ese momento particular de la historia, es una sociedad que considera al conocimiento como una virtud digna de imitar, de alcanzar y de perfeccionar, desde donde se desprenderán los restantes elementos que ofrecen la posibilidad de ser feliz. La excelencia, esa idea que puede encerrarse en el concepto de areté, de virtud, de lo mejor, estaría ligada a una específica conducta, que no sería otra que el conocimiento y su despliegue persuasivo.

Y es frente a esta concepción de la virtud, la felicidad y la valoración del éxito en la polis, que Sócrates reaccionará proponiendo una manera diferente de acceder al conocimiento como camino a la perfección, llevando con su método al hombre que lo escucha, lo valora o lo rechaza a los extremos de la desesperación, ya que para él lo hasta entonces conocido como manifestaciones del bien, no eran más que simples opiniones o apariencias de la verdad, de la vida auténtica, de la virtud real. Con su incisivo preguntar, y sin ofrecer respuestas, devela la fragilidad del conocimiento ofrecido por los Sofistas, toda vez, que el interlocutor antes de desesperarse, llega a la confusa conclusión de que no sabe lo que creía saber, y de esta manera se cuestiona sobre los valores en los cuales había depositado la esperanza de una vida virtuosa, buena, o feliz. Sócrates y su angustiante cuestionar, socavan los cimientos de una estructura supuestamente firme, y digo supuestamente, por que muchos autores insisten en la fragilidad de los conceptos morales para ese momento de la vida griega, fragilidad que permite plantear que allí se gestaba ya, una manera distinta de plantearse los problemas sobre las costumbres y las conductas.

Así pues, los Sofistas y Sócrates, con sus maneras distintas de abordar el camino hacia la felicidad, disponen el derrumbamiento de un entramado que se había ya fisurado. Lo interesante aquí es que mientras los Sofistas se adaptan, y adaptan a los sujetos a lo establecido, dependiendo de dónde estén, Sócrates dirige su interrogación al hombre en general, al habitante de todos los lugares, y lo conduce a llevar su mirada al interior de sí mismo, a esa extraña y con frecuencia, peligrosa región, de donde provienen las más excelsas verdades, o virtudes, pero también las

más siniestras e insospechadas corrientes de malestar. Cuidar su propia alma, cuidar de sí, antes que dejarse embelesar por los objetos externos, es una consigna difícil de aceptar para un grupo de hombres que ve como se esfuman las seguridades de un mundo que creía estable.

Pero, ¿no sentirán esos hombres que se creían poseedores de verdades compradas, si no vergüenza y culpa, cuando alguien ante sus iguales les enrostra la profunda ignorancia, la fragilidad de su saber, cuando alguien desenmascara la debilidad de lo idealizado, y señala que es cada cual el responsable de la búsqueda de la verdad? ¿No hay detrás de todo este sentimiento de culpabilidad propia y compartida, la señal de una manera distinta de ser feliz?

Sócrates, mucho más que los Sofistas, al abrir las puertas de la libertad interior, al dejar pasar la luz de la libertad del pensamiento puro, al cuestionar lo externo e inmutable, pone en peligroso entredicho una forma de ligazón social, cuestiona la estabilidad de los amarres políticos, y debilita la idea de un Estado fuerte, que estaba dejando de serlo. Sócrates, con el sólo “se que nada sé”, abre el mundo de la subjetividad, abre esa aterradora caja de Pandora, de la que tienen que defenderse los Estados y los individuos, pero que para fortuna de Occidente, nunca pudo ser cerrada. Lo dice Hegel, de manera magistral cuando afirma que: “Más tarde el pueblo ateniense se arrepintió de su sentencia; y así, en efecto, debía suceder. Hubo ese algo sumamente trágico: que los atenienses llegaron a advertir que aquello precisamente por lo que condenaron a Sócrates había penetrado en su pecho. Comprendieron con evidencia que ellos mismos eran tan culpables o tan inocentes como Sócrates, puesto que el principio de éste tenía fuertes raíces en ellos mismos y se había convertido ya en su propio principio, a saber, el principio de la subjetividad.”

Y el mundo que Sócrates abandona, es un mundo atravesado por la decadencia, las guerras, el caos, es el mundo donde empieza a declinar la apoteósica Atenas y su esquema de valores, en el cual, la vida y obra de Platón intentará definir un nuevo rumbo para la reflexión de la ética y la política, rumbo que en buena medida, estará atravesado por las circunstancias externas que tiene que vivir el filósofo, y que están relacionadas con un profundo pesimismo en las posibilidades de encontrar alternativas reales que permitan la aplicación de los supuestos de la virtud.

El ideal o modelo que plantea Platón, el esquema que debe regir la conducta cotidiana de los hombres para la búsqueda de la felicidad, es un modelo que está más allá de las coordenadas de la realidad práctica, y es en cierta medida, el conocimiento que algunos hombres predestinados, llegan a tener de un mundo suprasensible, habitado por las ideas últimas de lo que buscan los hombres en la tierra, es el avisoramiento de un lugar privilegiado donde existe la idea del Bien Soberano, y a partir del cual pueden explicarse todos los conceptos que contiene la virtud.

Desde esta perspectiva, el conocimiento y la pedagogía, son valores fundamentales para la construcción de un ordenamiento social justo, habitado por hombres justos, lo uno siempre unido a lo otro, donde la virtud, tal como proponían los sofistas es enseñable, pero donde la mera opinión, tal como proponía Sócrates, es una falsa ilusión con relación al verdadero conocimiento, y el hombre virtuoso, el hombre bueno, el hombre feliz, el hombre justo, sólo es todo esto, en la medida que accede al verdadero conocimiento a través del discernimiento de las ideas que habitan un mundo distinto al de los mortales, tarea ardua, en la que sólo el filósofo

puede señalar el camino. Y Platón señalará un sistema ideal donde el alma, la Psyché, y el Estado, tienen la misma configuración, toda vez que la búsqueda del bienestar colectivo, implica necesariamente la búsqueda del bienestar individual.

Psyché y polis, estarán configuradas de tal manera que lo que acontece en una, es consecuencia directa de lo que pasa en la otra. Así, la división del alma en una parte racional, en otra pasional, y en otra de apetitos, o, en un alma, donde existen inteligencia, carácter y deseos, corresponde a la división social de filósofos-gobernantes, guerreros y gobernados, donde cada individuo, gracias a la educación recibida y a las cualidades de su alma, cumplirá la función asignada, obedeciendo en aras del bien común y del suyo propio, las directrices que trazan los filósofos-gobernantes, quienes con su sabiduría y cercanía al mundo soberano de las formas, han descifrado las conductas correctas que harán felices a todos los hombres.

Y la tensión que se presenta en el alma, esa lucha entre razón, apetitos y pasiones, que es también por lo tanto la lucha que se presenta en el ordenamiento social, deberá ser manejada o controlada con el eficaz instrumento de la educación, con el cual los gobernantes garantizarán la estabilidad del vínculo colectivo y la virtud de los individuos, circunstancia que demanda no sólo que quien gobierna sea virtuoso, sino que conozca con certeza el significado de los conceptos que enseña y defiende. La historia ha señalado el fracaso de Platón al tratar de hacer funcionar este modelo en la práctica, pero modelo que tiene la virtud de adentrarse en el mundo abierto por Sócrates, y que al diferenciar los distintos componentes del alma, permite plantear que el sujeto debe encontrar por sí mismo las posibilidades de llegar a encontrar la felicidad, sometándose al riguroso proceso de la educación para alcanzar el verdadero conocimiento, y poder liberarse así del mundo de las apariencias, acatando siempre las leyes que son el reflejo de la idea del bien, encarnada en el hombre justo.

De la propuesta platónica, quisiera señalar tres elementos, que a mi modo de ver, son importantes para los planteamientos que en mi trabajo esbozo. En primer lugar, indicar la preponderancia que da Platón a un ser superior muy cercano a la divinidad, en quien, a manera de una especie de iluminación, se le ha revelado el sentido verdadero de los objetos, el conocimiento, a través de procesos como la educación y la investigación. Este ser superior, que aparece en todos los mitos pedagógicos que utiliza Platón, y que es el encargado de orientar al resto de los mortales en la búsqueda de la felicidad, tiene una incidencia clara en los sistemas éticos posteriores, y es una referencia permanente de los hombres modernos. Volveré más adelante sobre este punto.

En segundo lugar, subrayar la importancia de la pedagogía, la paideia, o la educación, como un instrumento que permite ir más allá de la simple constatación socrática de la propia ignorancia, y que permite a su vez comprender la vinculación necesaria entre la felicidad del individuo y la felicidad de la ciudad. Para Platón, se es justo, armonioso, virtuoso y feliz, a partir del condicionamiento social que permite la educación, donde virtud y política, son una sola cosa.

En tercer lugar, quisiera insistir en la división tripartita del alma, como un elemento teórico

que atravesará los siglos, con modificaciones particulares, pero que conservan el sentido de la constitución de ese ente y su determinación de la conducta de los hombres. En Platón, este esquema, como ya se dijo, genera la posibilidad de plantear la relación entre psyché y política, y el gobernante, el buen gobernante, no deberá responder a otra exigencia que la de orientar el recorrido que los gobernados deben hacer para lograr esa especie de armonía entre la razón, los apetitos y las pasiones, toda vez que con frecuencia, la razón, pierde la batalla frente al poderío de sus oponentes, y por supuesto cuando, los apetitos y las pasiones ganan la partida, no se genera más que una falsa sensación de felicidad, pues después de todo, la razón terminará señalando al individuo, que los apetitosos caminos del placer, y la tormentosa furia de las pasiones, no son más que senderos que una vez recorridos, llevan al reproche, a la culpabilidad y la sensación de haber transgredido lo establecido. El fracaso de la parte del alma donde habita la razón, hace no sólo infeliz al individuo, sino que lo carga con el oprobioso peso de la culpa.

Los anteriores tres elementos, que aparecen una y otra vez en la reflexión de éticas posteriores, han sido también relacionados con la vida misma de Platón, y la construcción de ese enorme sistema ideal con muy pocas posibilidades de aplicación práctica, ha sido entendido como una especie de defensa del alma atribulada de un hombre que se sintió de espaldas a su tiempo. Al respecto, A. Héller dice: “Platón se oponía moralmente a la sociedad de su momento; la despreciaba incluso, la consideraba depravada e infeliz. Pero su rechazo reviste ahora un carácter gnoseológico y ontológico: el mundo detestado quedará reducido a apariencia, la ética odiada será calificada de simple opinión.”

Y a esta idealización del conocimiento, del bien, de la virtud, de la felicidad, de la política, de la justicia, del alma, va a reaccionar Aristóteles, proponiendo una concepción ética que parte de la realidad, de las condiciones concretas, de las posibilidades reales en la búsqueda del bien, que él parte de definir como el de la felicidad, señalándolo como el mejor de los bienes, como un fin, final, después del cual no se persigue nada más.

Pero, para Aristóteles, no será suficiente con definir la felicidad como el bien supremo, lo que además considera una perogrullada, sino que será necesario decir en qué consiste, para lo cual inicia esa búsqueda de explicación de lo específico del ser humano y su perfección, partiendo del planteamiento de que existen tres distintas clases de vida, una de las cuales, la de la nutrición y el crecimiento, la compartimos con las plantas, una segunda, la sensitiva, que compartimos con los animales y que pertenece al registro de las percepciones y las emociones, y una tercera, denominada como la vida activa de la parte racional del hombre, la cual se divide a su vez, en una parte que obedece a la razón, y otra que es poseedora de la razón y piensa, vida activa donde lo más importante es la acción o los actos de los hombres, pues sólo en estos adquiere sentido la vida del hombre, sólo a través del despliegue de sus acciones en el mundo, puede el hombre buscar y encontrar la felicidad, y a partir de allí puede ser juzgado como un hombre que tiene una vida buena, o que sus actos corresponden al buen vivir.

La felicidad consiste en actuar de acuerdo a los lineamientos de la razón, conquistando las cosas buenas y bellas de la vida, permitiendo que la actividad del alma sea conforme a la virtud, que para

Aristóteles es un objetivo y no una meta, siendo la virtud un condición fundamental del alma, de ese lugar donde se aloja la vida, alma que divide en una parte racional y una irracional, división que a su vez se subdivide para la parte irracional en una parte vegetativa, donde no interviene la razón, y en una parte concupiscible o desiderativa, que se somete a los mandatos de la razón.

La parte racional del alma, el principio rector de una vida buena y de un obrar bien, tiene a su vez dos partes: de un lado, la parte que piensa y es la razón propiamente dicha, y de otro, un residuo que a manera de control queda del influjo de la razón sobre los deseos y las emociones, y que Aristóteles define como una especie de voz que escucha internamente todo individuo, y que es un registro conceptual ubicado entre las partes racional e irracional del alma, que comparte características con estas dos formas de expresión de lo humano, donde lo irracional se deja persuadir por lo racional, y donde lo racional no es solamente razón, o pensamiento o lenguaje, sino una especie de vivencia sensitiva interna, casi racional-irracional, manifestada en esa especie y verídica voz interna.

Para Aristóteles, la virtud es el camino fundamental para alcanzar la felicidad, o en caso contrario la desgracia, pues, el resultado final de esta lucha interna que se manifiesta en las acciones de cada cual, depende única y exclusivamente de las elecciones acertadas o incorrectas realizadas por cada uno, como si cada sujeto estuviera en la libertad de hacerse bueno o malo, de acuerdo con el conocimiento y el manejo de las circunstancias.

Y claro, la felicidad ligada a la virtud, genera un especial tipo de valoración social de esta última, que la convierte en digna de alabanza y de reconocimiento por parte de quienes observan el despliegue de conductas virtuosas de un hombre en el mundo de las acciones, siendo este aceptado y ponderado como un hombre que por virtuoso puede ser calificado de feliz, y lo más importante, ser considerado como un hombre exitoso. Y la virtud, esa acción digna de alabanza, que es el resultado de un continuo proceso de aprendizaje, del despliegue de la potencialidad racional que es la característica de la especie humana, es para Aristóteles, el conocimiento por parte de cada individuo, de un punto medio, de acuerdo con las circunstancias, entre los defectos y los excesos de las pasiones. El hombre no debe vivir con exceso ninguna pasión, pero tampoco, debe abstenerse de vivirlas.

Es interesante indicar que desde esta perspectiva, el problema del comportamiento ético, es decir, del comportamiento virtuoso y exitoso, o vicioso y errático, no radica en que el hombre posea pasiones, pues son una cualidad de su alma, sino en su incapacidad para encontrar el punto medio entre los vicios, los que son a su vez, la exageración o la ausencia de la vida pasional. Por las pasiones, nadie puede ser juzgado ni alabado, pero sí por la virtud, que es esa difícil posición intermedia, a la cual se llega con la ayuda de la razón.

¿Pero cómo llegar al manejo y conocimiento de esta posición intermedia? ¿Cómo lograr el éxito, el reconocimiento y la aceptación, sin renunciar a las riquezas ni a las pasiones, como lo proponían sistemas éticos previos, y lo propondrán sistemas posteriores? ¿Cómo llegar a la felicidad sin modificar las relaciones con el mundo externo?

Para responder, podríamos decir que de un lado está la voz del establecimiento social, y de otro lado, el reconocimiento y la alabanza de la acción virtuosa por parte del entramado social del que toda acción parte y al que toda acción llega, las dos caras de una misma moneda, donde ética y política son un solo cuerpo, en el que el despliegue de la educación, de la instrucción, de la transmisión de modelos es el instrumento básico para que los hombres aprendan desde muy pequeños a discriminar los valores que trazan las coordenadas de la convivencia y de la aceptación.

Pero la educación, no es aquí un instrumento indiscriminado que sirve tanto para acceder al conocimiento de la naturaleza, como a la forma correcta de comportarse y ser exitoso, no, para Aristóteles la educación dirigida al actuar bien, al vivir bien, es decir la educación moral, no puede ser igual a la educación intelectual, pues cada una fortalece y se manifiesta en una virtud distinta, donde la intelectual está ligada al magisterio y amerita tiempo y desarrollo, mientras la virtud moral es fruto de las costumbres, palabra esta última que Aristóteles señala como una ligera inflexión del vocablo, inflexión que va por supuesto del sentido de habitat, de morada, al de hábitos, carácter y costumbres. Pequeña inflexión que quizá produce el embrollo en el que nos encontramos.

Decir que la virtud moral es fruto de las costumbres, a diferencia de la virtud intelectual, es decir que el hombre virtuoso está inscrito como tal, en un proceso que le ha permitido reconocer los lineamientos externos que valoran las acciones exitosas que permiten el reconocimiento y la felicidad, decirlo, es decir también que el hombre virtuoso, aquel que tiene el hábito de la virtud, quien es habitado y al mismo tiempo habitante de una acción, despliega sus acciones de acuerdo a un conocimiento que ha hecho suyo, sobre el oportuno manejo, dependiendo de las condiciones de tiempo, lugar y persona, de sus propias pasiones. Decir todo esto, es posiblemente decir, que el hombre virtuosamente feliz, es un hombre enraizado en las costumbres, donde en una especie de espejo ve el reflejo de sí mismo, pues en ese contraer de los hábitos, en esa práctica cotidiana y permanente de las costumbres, los hombres van formando una especie de constante en su accionar, y cuando los buenos hábitos se afianzan, puede decirse que se ha forjado un buen carácter, y entonces, desde aquí, los legisladores, los modelos, los adultos, los hombres libres de la ciudad-Estado, cuando crean sus hábitos, cuando transmiten las costumbres, están a la vez formando en los ciudadanos un tipo de carácter, que será, el carácter del hombre feliz.

Carácter, hábitos, costumbres, habitat, morada, pasiones, razón, son pues términos que hoy nos confunden, que encontramos en las definiciones del lenguaje de las palabras ética y moral, y que al parecer son el fruto de uno más de los interesantes juegos del lenguaje.

Pero hay más, para Aristóteles la persona de carácter virtuoso, aquella que tiene como hábito la costumbre correcta, que maneja a través de la razón sus pasiones, que en el tiempo y lugar apropiado encuentra el término medio de sus actos, es una persona feliz, y no por momentos, sino siempre, pues una vez el hábito ha forjado el carácter del sujeto, éste no hará más que acciones buenas, encontrando en ellas la felicidad, y así, el hombre bueno-feliz, lo será por siempre, por que esa es su forma de actuar, esa es su costumbre, podríamos decir también.

Podemos señalar aquí, como varios autores lo han hecho, el carácter problemático, para nosotros, del sentido de esta idea permanente de la felicidad, una especie de sentido que remite a una forma de beatitud, no santa como la entendemos hoy en día, sino a una actitud frente al mundo, que hace que el sentido de la palabra eudaimonía, o felicidad, indique algo distinto a la forma como la tradición del lenguaje nos la ha legado. Quizá, entre otras cosas, por estas dificultades de precisión terminológica, en las que además están términos como bueno, virtud, belleza, y por supuesto felicidad, nunca sepamos con certeza qué querían decir los griegos con la palabra ética, y hayamos heredado lo que el pensamiento romano interpretó entonces de su sentido, y podamos empezar así a dilucidar los orígenes de nuestra actual confusión.

Pero esa concepción del hombre feliz de Aristóteles resulta problemática para su tiempo, curiosamente como las anteriores concepciones sobre la felicidad, en sus respectivas épocas, pero aquí más que por su contenido, es problemática por el tipo de relación con el mundo que establece, una relación en cierto sentido ociosa, mas o menos contemplativa, que será recogida y vivenciada por otras propuestas éticas, pero que en su momento, es una especie de amenaza, para un mundo de amos que empezaba a derrumbarse. Al respecto A. McIntyre dice : “El auditorio de Aristóteles consiste en una pequeña minoría ociosa. Ya no nos enfrentamos con un tólos de la vida humana como tal, sino con el tólos de una forma de vida que presupone un cierto tipo de orden social jerárquico y también una visión del universo en la que el reino de la verdad intemporal es metafísicamente superior al mundo humano del cambio, la experiencia sensible y la racionalidad ordinaria”.

Y hasta aquí, podríamos decir que tenemos no sólo parte de la historia de la ética, sino toda la ética misma, y que lo que después vendrá, no será más que la repetición, el acomodamiento de este discurso a los acontecimientos particulares de cada época, a la búsqueda inevitable de lineamientos que conduzcan a la tan esquivada felicidad. El derrumbamiento del mundo griego, marca no sólo un momento en la historia, sino también un momento definitivo de la ruptura con un mundo, que al lado de los acontecimientos azarosos de la vida, le dio un lugar fundamental, durante siglos, a la reflexión, al discurso, a la razón.

Como ya he dicho, ética es la palabra griega para designar lo que se ha descrito hasta ahora, que pertenece a un mundo donde pensar, hablar y actuar, tienen el peso de lo que determina el lugar que se ocupa en la polis, donde filosofar es la garantía para existir en un mundo de seres desligados de las faenas materiales, moral, en cambio, es la palabra perteneciente a un imperio, pragmático por excelencia, que significa costumbres, y que es un esfuerzo no sólo por traducir, sino por entender y aplicar a su cotidianidad práctica, lo que ese pueblo dominado usaba en su cotidianidad reflexiva. Dos mundos distintos, de los que hemos heredado dos formas de entender las acciones, y que nuestra herencia nos lleva a unir en el lenguaje. Dos palabras, dos explicaciones, dos mundos, dos actitudes, dos vivencias, donde casi puede decirse, que en el mundo romano se pierde el sentido verdadero del mundo griego, pero, donde también, paradójicamente se recrea, un cruce del que nos hemos nutrido durante siglos.

Tanto los sofistas, como Sócrates, Platón y Aristóteles, habrán sentado cada uno a su manera, con su reflexión y su ejemplo las bases de un andamiaje teórico y práctico, que se repetirá a lo largo de los siglos, ya sea como teoría, o como modelo práctico de vida. Hombres y sistemas de pensamiento como los estoicos, los epicúreos, los cínicos, los cirenáicos, el cristianismo, reelaborarán propuestas éticas, a partir de lo ya expuesto, teniendo como eje de reflexión y práctica el juego de la pareja del placer y del dolor, y que irán dejando huella en el pensamiento y en el actuar de los hombres de Occidente.

Ahora, volviendo de nuevo a nuestro atribulado y confundido hombre de la calle, debemos decir que tampoco en la historia hemos encontrado claridad para ofrecerle, más bien hemos de decir, que podría confirmarse que en la confusión que usa en su lenguaje ordinario, da cuenta sin saberlo, de un nudo etimológico, histórico y filosófico, donde la búsqueda de la felicidad parece ser el hilo que ata, y da cuenta de una confusión que remite a la búsqueda de una quimera, que hace que se construyan y destruyan sistemas de explicación y modos de conseguirlo, sin lograrlo nunca, por que tal como lo planteó S. Freud, el plan de la creación no incluye el propósito de que el hombre sea feliz. Podríamos decir entonces, que en esta búsqueda de la felicidad que incluye las más sofisticadas creaciones de la imaginación, la fantasía, los pensamientos, los sentimientos, el lenguaje, el hombre no ha creado más que frustraciones, no ha hecho más que confirmar la dificultad para encontrar lo que tanto anhela, como si la ética y la moral, como valiosas construcciones, fueran a la vez, la constatación de su propio fracaso en ese desmesurado propósito.

Pero podríamos conjeturar como causa del fracaso, la importancia que el hombre con la creación de estos sistemas ha dado a la conciencia, a la razón, si se quiere al yo, desconociendo o haciendo el esfuerzo, sin saberlo, por ignorar la fuerza de un mundo que escapa a sus ordenamientos lógicos, controlando, negando, o reprimiendo, la presencia del mundo de las pasiones, que es después de todo, el que traza las posibilidades de sus satisfacciones y sus dolores, el que delinea los contornos de su destino y que habita en sí mismo, que es él mismo, ese mundo que está más allá de la conciencia, es el mundo del inconsciente, ese registro constituido por la relación particular de cada sujeto con el entorno que lo acoge, y que marca en su cuerpo y en sus acciones la posibilidad de encontrar placer o dolor en los vínculos que inevitablemente debe establecer con el otro, ese otro fuente de sus identidades, de sus satisfacciones y de sus pesares.

El fracaso de los sistemas éticos, estaría ahí precisamente, en esa oposición al mundo individual de la vivencia pasional, a la negación de la potencia avasalladora de la pareja odio-amor que habita en todo ser, y que lo conforma como sujeto, a partir de una particular historia en la que la satisfacción y el dolor forman parte constitutiva de los vínculos humanos. El ser humano, ese desvalido ser que necesita del otro para poder sobrevivir, que exige la presencia de las manifestaciones pasionales a través del lenguaje y de las acciones, que se constituye imaginariamente a sí mismo a partir de las huellas que el ordenamiento simbólico de la cultura van dejando en su cuerpo y en su imagen, es un ser con un pequeño porcentaje de conciencia y una vasta porción de olvido y represión sobre las formas como los vínculos con los que lo acogieron estructuraron lo que dice ser.

El inconsciente, esa represión necesaria de los más incómodos recuerdos o sentimientos, el motor energético de nuestras elecciones y decisiones, la fuente de nuestras fantasías, pensamientos, dolores y placeres, ese constructo teórico que ha pasado a formar parte del lenguaje ordinario, se manifiesta sin que la consciencia lo sepa, en los más variados sistemas de comunicación, emerge cada vez que busca satisfacción o placer en los lapsus del lenguaje, los sueños, la producción artística, los vínculos amorosos y pasionales, y en una amplia gama de sentimientos o pasiones.

Y estos sentimientos o pasiones, que son esos impulsos fundamentales del sujeto, de ese habitante de un cuerpo físico y de un cuerpo cultural, son todo aquello, que el sujeto desconoce, en cuanto a su origen, son esa fuerza que lo impulsa a actuar, y que reconoce en las manifestaciones de su propio cuerpo, y que clarifica en cuanto lo nombra, en cuanto lo simboliza, sentimientos que registra en su vivencia corporal como dolor y placer, sentimientos, valga la redundancia, que se sienten, que no sólo son palabras, pero que a su vez son palabras, con las cuales los sujetos construyen la realidad, palabras y sentimientos que pueden ser descritos como, amor, odio, envidia, lujuria, codicia, amistad, compasión, mentira, gula, pereza, celos, resentimiento, solidaridad, miedo, perdón, soberbia, obediencia, vergüenza, culpa, entre otros, y que podemos incluir en sólo dos palabras, podemos llamarlos Eros y Tánatos.

Ahí en el origen de la cultura, ahí en el origen de la subjetividad, encontramos este par de Titanes, los que todo lo regulan, amor y odio, vida y muerte, creación y destrucción, esa pareja ineludible que demarca los destinos individuales, y frente a las cuales la cultura y el individuo tratan de defenderse como si de un poderoso enemigo se tratara. La cultura, con su poderoso sistema de regulaciones, de prohibiciones, de idealizaciones, provee al individuo las herramientas para apaciguar esa lucha que se libra en su interior, lucha que se relaciona con la fuerza pulsional de sus pasiones y la imperiosa necesidad de satisfacción que las acompaña, y exige al individuo la más cruda y displacentera renuncia, a cambio de la promesa de ser aceptado, de ser reconocido, de ser fundamentalmente amado, pálida promesa que nunca se cumplirá del todo, y que nunca puede compararse con el enorme placer que procura el entregarse a la satisfacción de las pasiones. Cultura y sujeto, a cambio de un precario equilibrio, llegan a una interesante transacción donde el sujeto sentirá siempre que ha sido engañado, y con esa sensación de infelicidad buscará vengarse cada vez que él mismo se lo permite.

Pero claro, la cultura no sólo exige renunciaciones, también ofrece posibilidades sustitutas de satisfacción, como el arte, la ciencia y la religión, donde el sujeto podrá hallar compensación a la insatisfacción de sus controladas pasiones, compensaciones que con frecuencia no hacen más que aumentar su sensación de infelicidad. Desde esta óptica, las construcciones ideales que tratan de prometer la felicidad, y exigen a su vez el más arduo control pasional, pueden ser vistas como un fallido intento de la cultura por preservar de los apetitos del individuo la estabilidad de los vínculos sociales, intento fallido históricamente como hemos visto, que aumenta la presión de satisfacción de las pasiones, como si Tánatos tuviera más urgencia y fuerza que el mismo Eros.

Pero la historia del desarrollo cultural, no es otra cosa que la historia del malestar cultural, la historia de la infelicidad humana y de la búsqueda incesante de objetos que satisfagan el mundo

pasional, de objetos que no son más, ni menos por supuesto, que sustitutos fantasmagóricos de los objetos primarios de satisfacción, de esas figuras que con los cuidados del cuerpo, las promesas de amor, y las manifestaciones de rechazo, permitieron que se empezara a urdir la trama del tejido histórico que es cada sujeto, tejido que tiene como componente los lazos imperceptibles de la sexualidad y la agresividad, y que la cultura se ve en la obligación de regular, so pena de perecer bajo las violentas manifestaciones de la satisfacción individual. En este sentido, la hipótesis Freudiana del origen de la cultura como de aquel supuesto momento, en que los hijos de un protopadre, al ver que la arbitrariedad de éste los excluye de la satisfacción sexual con las mujeres, deciden asesinarlo, para después sentirse arrepentidos, y a partir de su sentimiento de culpa construir lazos de regulación de los vínculos de la convivencia, como una forma de expiar su crimen, sirve para postular desde el psicoanálisis, la presencia de la prohibición, de la ley, como una forma simbólica de controlar las potencias destructoras del deseo, y al mismo tiempo, y paradójicamente, como la manera de facilitar las posibilidades de realización del deseo.

Al deseo humano lo constriñe la cultura, pero sólo dentro de ésta encuentra los canales de satisfacción, pues es ésta la que le ofrece los objetos reales que le permiten la satisfacción alucina y simbólica de sus pasiones, satisfacción que nunca colma, toda vez que no es real, urgencia pulsional y pasional que nunca cesa, he ahí el origen del malestar y la infelicidad, para la cual la cultura construye los más encumbrados sistemas ideales, tratando de colmar con cantos infantiles, la furia de una tempestad. Pero, de otro lado, no debe olvidarse, que si la cultura no regulara las apetencias individuales, la posibilidad de su permanencia y la supervivencia del individuo mismo estarían seriamente amenazadas.

Y así como la cultura se origina en la prohibición, en esa primera ley reconocida como el no matarás, y utiliza los sentimientos de culpa y castigo como un mecanismo eficaz de regulación, el individuo, que no es otra cosa que la cultura interiorizada, repite ese viejo mito de la muerte del padre en su propio recorrido existencial, sintiendo amor y agresividad por las figuras que lo aman, y constituyéndose como sujeto justo a partir de descubrir en su interior esa voz, de la que hablara Aristóteles, que más que simple voz, es la agresividad recogida del mundo externo y dirigida contra sí mismo, es decir, cada sujeto porta en sí mismo el juez, el jurado y el acusado de sus propios actos. El superyo, esa obscena y feroz potencia, que vigila, juzga, somete y tiraniza al atribulado yo, de manera inconsciente, sin que el pobre sujeto se entere, produce los más crueles castigos, reproches y persecuciones, que incluso en algunas ocasiones puede conducir a la auto-desaparición del sujeto, y genera lo más íntima y reconocida sensación de infelicidad.

El yo, la consciencia, la razón, el carácter, la personalidad, los hábitos, e incluso las costumbres, no son más que el pálido reflejo de un mundo interno y desconocido que se agita al interior de cada hombre, y que con gran dificultad logra controlar, para mantenerse a la espera de que se cumpla la promesa de ser amado. Cada vez que el superyo, lo que se ha mal llamado consciencia moral, que no es consciencia, ni es moral, le señala al yo sus faltas, cada vez que le indica la distancia con la imagen que de sí mismo ha construido, el sentimiento de culpa que acompaña la recriminación, va siempre acompañado de la amenaza posible de perder el amor del otro, de ese

referente básico para la supervivencia como sujeto imaginado. Entregarse a la satisfacción del mundo pasional, tiene el grave riesgo de dejar de ser amado, y al mismo tiempo de ser castigado por el sujeto mismo, dos fuentes de profundos e insoportables sufrimientos.

Por todo lo anterior, Freud plantea que los hombres han comprendido que sentir menos dolor, que sufrir menos, es más importante que buscar la felicidad, a pesar de que lo sigan haciendo. Pero sufrir menos, implica quizá el acercamiento y la aceptación de la relación que cada quien construye con sus desconocidas pero manifiestas pasiones y las exigencias de la cultura, de la aceptación de la relación del tirano superyo y el atribulado pero necesario yo como representante consciente del mundo externo, relaciones que una y otra, dan cuenta cómo en la historia particular, se inscribe la personal manera de desear, incluso de desear la felicidad como ese fantasma inasible que tortura a los hombres.

Ahora bien, ese atribulado yo que el psicoanálisis descubre, es después de todo, el único lugar, desde donde pueden realizarse las luchas de emancipación, permítanme llamarlas así, de las exigencias del mundo exterior, de las arbitras y categóricas disposiciones del superyo y de las oscuras fuerzas pulsionales del ello. Donde Ello era, que sea Yo, dice Freud, para delimitar el escenario donde se libran las más interesantes batallas de conquista por parte del yo, de lo que puede llegar a reconocerse como el sentido de la propia historia. Por supuesto, y esto es importante, ésta no es una fórmula universal externa que unifique la vivencia de todos los sujetos, no es un mandato categórico impuesto al que se deba someter al yo, sin saber precisamente de donde proviene, sino que es, de un lado, la constatación de que cada ser humano libra una particular lucha en su constitución subjetiva, y por otro lado, que de esa lucha, y su resultado, sólo cada cual puede dar cuenta, es decir, sólo cada quien, y no podría ser de otra manera, tiene la posibilidad de ubicarse a sí mismo frente al mundo de las costumbres, y frente a la historia de sus pasiones. Cada quien, con sus propios arreos, inevitablemente, recorre el camino que, sin saberlo, él mismo traza, y claro, también aunque sin saberlo, de él se desvía.

Con éste escenario de la imbricación de sujeto y cultura, de cultura y sujeto, de estas dos partes interdependientes y absolutamente imprescindibles la una de la otra, con la correlación de estas coordenadas de la existencia humana, es muy difícil pensar que puedan articularse discursos externos exitosos para la conducción de la vida de los hombres, pues la historia por el contrario, está plagada de ejemplos del fracaso de estos intentos, fracaso de la religión, de las ideologías totalitarias y por supuesto, como ya dije, fracaso de los sistemas éticos. El desconocimiento del mundo pasional y de la determinación del deseo, no ha producido más que elucubraciones sin ligazón a la realidad, lo que le permitió decir en su momento a J. Lacan, que tanta incidencia tuvo la ética racional de Kant en el entramado social, como la tuvo la propuesta del marqués de Sade de la liberación de las pasiones, sin el deseo y su relación con la ley, las propuestas de regulación resultan ser nada más que una obra de ficción.

Pero, mientras el sujeto se empeña en buscar aún la felicidad, aunque cada vez menos en esquemas universales, el hombre moderno, ese solitario buscador de satisfacciones, ese constructor obligado de sus propias escalas de valor, ese armador indefenso de su propia identidad, debe

enfrentarse al reconocimiento de las tribulaciones que los fantasmas del amor y la agresividad generan en su vida, y empieza a admitir que a partir de allí, de la insondable presencia de sí mismo, de la aceptación de la independencia de su deseo, ha empezado a alejarse de las ofertas estandarizadas de felicidad, para reclamar derechos cada vez más particulares, que incluyen con insistencia, la posibilidad de estructurar la subjetividad no desde las costumbres, o de la moral, o de la ética, sino desde la vivencia de una erótica que remite a historias personales, como si la propuesta que Freud y Lacan hicieran de pensar el amor, la erótica, más que la ética, empezara a tomar cuerpo en las manifestaciones existenciales de un sujeto que como siempre, le está indicando el camino de reflexión a las ciencias del pensamiento. Más que ética o moral, pareciera que se estuviera fortaleciendo una erótica específica del vínculo humano, que se ampara en la protección que brinda la presencia de la ley.

Ahora, pero no por lo anterior puede decirse que los hombres, hayan renunciado a la búsqueda de la felicidad, a la búsqueda de la fe en la felicidad, y por el contrario se siguen demandando caminos de búsqueda y se siguen ofreciendo, o vendiendo, a manera de un sofismo resucitado, los instrumentos para llegar a ser feliz, instrumentos cada vez más impersonales hay que decirlo, y que consisten en la abrumadora avalancha editorial de libros de autoayuda y consejeros de todo tipo, que al estilo del rey filósofo, pretenden ofrecerse como modelos de guía para acceder a los lineamientos de una vida buena, como si de nuevo, vivir simplemente no fuera suficiente. Y los hombres, con estas herramientas siguen buscando éxito, fama y gloria, como componentes de la felicidad, encontrándose cada vez más con esa terrible desazón que acompaña la cotidianidad del buscador infructuoso, pero que poco a poco va descubriendo que en su cuerpo y en su fantasía habitan las posibilidades de una mayor aceptación. Cada vez que observo este juego de gurúes y buscadores de la felicidad, no dejo de pensar en las palabras del poeta, muchas veces descrito como inmoral, Raúl Gómez Jattin, cuando al preguntársele por lo que entendía por las tres palabras mágicas, esa especie de llave que abre las puertas de la felicidad, y que son, el éxito, la gloria y la fama, lúcidamente respondió: “El éxito es un almacén de Medellín, la gloria una galleta de veinte centavos y la fama una carnicería bogotana”.

El pasaje de la ética a la erótica, es el camino que este trabajo me ha trazado, es el posible derrotero de dilucidación de las dudas que hallé al tratar de buscar respuestas, partí de una serie de preguntas y en el recorrido se aumentaron considerablemente, y debo decir que frente al tema estoy ahora más confundido que antes, pero aún así me atrevería a afirmar, que quizá después de todo, el hombre de la calle tiene razón cuando confunde el sentido de las palabras ética y moral, así como hay razón para esta confusión en la etimología y la filosofía, pues la historia misma de las palabras y las acciones que describen dejan entrever un interesante malentendido que empieza a señalar, por lo menos para mí, un nuevo y desconocido camino, es como si se hubiera cerrado una parte fundamental de la historia, no que se haya acabado la historia, pero sí como si emergiera la necesidad de empezar a contar una nueva, o sólo quizá, relatarnos de una manera distinta.

Para terminar, quisiera volver al hombre de la calle, a ese héroe anónimo que gana y pierde sus propias batallas y que es el protagonista de esta inconclusa historia, es decir, el personaje principal,

de este relato sin conclusiones, quisiera volver a él, para señalar una aparente trivialidad, pero que resume en buena medida lo hasta aquí expuesto, y que se refiere al recuerdo de una canción, una balada de hace unos veinte años, que decía, en su estribillo, algo más o menos como : “Por qué será..... Por qué será..... que uno toca el cielo mientras está pecando..... Por qué será?”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLOUCH, JEAN, (1997). *La etificación del Psicoanálisis calamidad*. Buenos Aires. Editorial Edelp S.A.
- ARISTÓTELES, (2000). *Ética nicomaquea-Política*. México. Editorial Porrúa.
- ARENDE, HANNA, (1993). *La condición humana*. Barcelona. Ediciones Paidós.
- CAMPS, VICTORIA, (1988). *Historia de la ética*. Barcelona. Editorial crítica.
- FIORILLO, HERIBERTO, (2003). Arde Raúl. Bogotá. Editorial Heriberto Fiorillo S en C.S.
- FREUD, SIGMUND, (1996). *Obras completas*. (Las fechas corresponden al año de la publicación). Madrid. Alianza Editorial.
- (1908) *La moral sexual < cultural > y la nerviosidad moderna*.
- (1913) *Totem y Tabú*
- (1923) *El yo y el Ello*
- (1930) *El malestar en la cultura*.
- HELLER, AGNES, (1999). *Teoría de los sentimientos*. México. Ediciones Guayacán.
- LACAN, JACQUES, (1973). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires. Ediciones Paidós.
- (1991). *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires. Ediciones Paidós.
- LIPOVESTKY, PILLES, (2000). *El crepúsculo del deber*. Madrid. Editorial Anagrama.
- MACINTYRE, ALASDAIR, (1991). *Historia de la ética*. Madrid. Ediciones Paidós.
- SAVATER, FERNANDO, (2000). *Ética para Amador*. Barcelona. Editorial Ariel.

Recibido en marzo 29 de 2004

Aprobado en mayo 10 de 2004